



MUSELAND

Mario Sergio Martínez González

MUSELAND



Primera edición: julio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mario Sergio Martínez González

ISBN: 978-84-18828-28-7

ISBN digital: 978-84-18828-29-4

Depósito legal: M-19807-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para la musa que me hace viajar
a otros mundos con cada amanecer juntos.
Te amo.*

1

SUERTE

«Antes de que comiencen a leer mi historia, deben saber un dato muy importante sobre mí: soy muy supersticiosa. Siempre estoy atenta a las señales que encuentro por el camino, pero este día fue la excepción de todo. No noté que sería el día de mi primera mala suerte». Estas palabras las dictó Tulina Styles.

El sol de la mañana entraba por la ventana junto a su cama, y un delgado rayo de luz se colaba por las cortinas directo a su rostro. Sus ojos se entreabrieron, y mientras se reponía y esperaba que todos los músculos del cuerpo se le despertaran tuvo una revelación.

Se puso de pie de un salto como si le hubieran dado corriente a su cuerpo, y lo primero que vio fue el despertador anunciando que ya era tardísimo, y que iba a llegar tarde a la escuela en el último día de la semana.

Sí, exactamente era viernes. Era el último día de la segunda semana de clases, y por primera vez en 17 años iba a llegar tarde a algún lugar. Ya no tenía tiempo de hacer su ritual matutino. Ahora tendría que usar el primer conjunto que se le pasara por la mente, se peinaría lo más rápido posible y se lo dejaría suelto. No tenía tiempo de hacerse alguno de sus peinados increíbles que tomaba tanto tiempo.

Normalmente se despertaba temprano. Temprano para ella era una hora antes de irse para en 45 minutos hacerlo todo, y con *todo*

me refiero a bañarse, cepillarse los dientes, elegir una ropa más increíble que la del día anterior, peinar su cabellera, que tomaba un poco de tiempo de lo largo que lo tenía. Maquillarse, y tender la cama. Todo en ese orden. Los 15 minutos restantes los usaría en desayunar junto a su padre y pasar a recoger a sus mejores amigas Ilana y Valeria.

A pesar de que había tenido que omitir algunos pasos, se alistó lo más pronto posible, y bajó las escaleras de dos en dos para tomar, por lo menos, un vaso de leche antes de irse.

Para su mala suerte su padre no estaba, ya se había ido para el trabajo. En la tarde lo reprendería por no despertarla temprano, ahora por su culpa llegaría tarde, y aún no entendía por qué el despertador no había sonado a la hora prevista. Pero lo bueno era que le había dejado un desayuno sobre la mesa que le daba pena dejar allí sin comer. Lo guardó en el micro para que no se echara a perder, y se tomó a paso rápido el vaso que no tenía leche normal, su padre le había preparado su preferido: batido de fresas.

Del apurillo, se le botó un poco de leche sobre la saya blanca.

—¡Mierda! —chilló; estaba más que alterada—. Tendré que irme así mismo, no me da tiempo de cambiarme.

Puso la mochila sobre el lugar que se manchó, y salió a paso apurado por la puerta principal, no sin antes cerrarla con llave.

Pensaba en ir a pasar a buscar a sus amigas, pero con lo tarde que era, era imposible que estuvieran allí; con un poco de suerte las alcanzaría en el camino a ambas.

Una sensación de escalofrío se filtró por su columna vertebral mientras cerraba la reja de la entrada. Era una de esas sensaciones que te da cuando alguien te está vigilando, como de estar siendo observado. Ya estaba acostumbrada a eso, se había sentido así desde hacía muchos años, y ya se había vuelto una costumbre en el día a día. Decidió ignorarlo como había aprendido hacer un par de años atrás cuando pensó que era un acosador que la perseguía. Sabía que su belleza no era de este mundo.

Como de costumbre también, miró a la casa de enfrente. Era pequeña, de un solo piso, con su cerca de tablones de madera blancos, un jardín precioso con mucha variedad de flores, y pintada de un amarillo opaco tan relajante que pasaba desapercibido entre el resto de las casas de aquel vecindario. Y como si fuera una escena que se repitiera en una película, la cortina del frente se movió cuando ella miró, y sin importar en qué momento del día lo hiciera, esta se movía como si hubiera alguien allí observándola pero luego se cubría para esconderse.

Decidió ignorarlo también. Según su padre allí vive una anciana sola, que fue abandonada por sus hijos, y dejó de relacionarse con las personas tras la muerte de su marido.

Siguió el camino, pasando por delante de casa de Ilana primero que era la que más cerca vivía de ella. Estaba a un par de casas a su izquierda, y luego por casa de Valeria que era al doblar de su manzana. Como sabía, no estaban allí paradas esperando por ella. Siguió recto sin detenerse.

«Bueno, para ser sincera no esperaba que Valeria estuviera allí esperando por mí. No había ningún viernes que la recojamos Ilana y yo, siempre nos dice que tiene que pasar por un lugar primero, y luego es que va para la escuela».

Busca su celular en su cartera, y nota que no está allí. Eso la hace perder los nervios mientras caminaba, y sin fijarse donde pisaba, tropezó con la loza levantada que habían roto los albañiles que trabajaban allí arreglando una tubería debajo del suelo hacía un par de días.

Iba a caer, se veía cayendo sobre el charco de agua sucia que había justo delante de ella, ensuciándose más todavía, y sí, ya sería el fin de sus tiempos de reinado en el instituto.

La habían nombrado Reina Escarlata el año anterior por su brillante y flamante melena roja en su cabeza, tras una tal Miki que estaba en tercer año cuando ella entró en primero. Pero al pasar al segundo curso, y al irse Miki de la escuela, todos se fijaron en ella por lo talentosa y hermosa que era. Los *nerds* la llamaban la Princesa

Perfecta, las envidiosas la llamaban Demonio Rojo, y los guapos la llamaban Sexy Pelirroja, pero al final, cuando salió la primera revista semanal de la primera semana de clases del segundo curso, la habían nombrado Reina Escarlata. Ella no quería ese título, le sonaba ridículo, pero con el tiempo se acostumbró y comenzó a actuar como tal, tenía que darle fuerza a ese título, y demostrar el poder que tenía con él.

Y a pesar de lo horrible que estaba hoy, había decidido aportar un nivel nuevo de perfección a su perfecta vida, pero este día lo había arruinado todo.

Se veía ya con la cara en el charco, el conjunto más arruinado de lo que estaba por culpa del batido, y con el pelo mojado y sucio a pesar de tenerlo ya un poco desaliñado.

Cerró los ojos para no ver cómo terminaba ese desagradable momento, cuando algo o, en este caso, alguien la sujetó, evitando que cayera y ese día se volviera el verdadero peor día de su vida.

Eran un par de manos blancas las que la sujetaban desde el frente, haciendo que todo mejorara un poco, y salvándole el pellejo. Una de ellas llevaba una cosa que no había visto nunca en nadie que ella conociera: era un pulso de plata hecho de pequeñas argollas como si fueran una cadena, y de la cual iban colgadas unas piedras de color rojo sangre que lo hacían lucir masculino, y también desapercibido. Muy diferente del que ella usaba siempre en su muñeca, regalo que le dejó su madre antes de morir en el parto (según le había contado su padre). El de ella era más femenino, las piedras eran rosadas que se notaban a la legua, y tenía intercaladas pequeñas llaves de acero inoxidable colgando junto a un pequeño cascabel sobre cada llave para que sonara al caminar.

Nunca había visto a nadie con un pulso igual al de ella, quizás este encuentro era una señal. Después de dejar a un lado los pensamientos, decidió continuar; y era momento de agradecer a la persona que la había salvado.

—Gracias por eso —hablaba mientras se revisaba todo el cuerpo para ver si estaba bien, y seguía hablando sin mirarle la

cara a la persona—. Pensé que todo se arruinaría más de lo que ya estaba, pero bueno.

—No hay importancia, Tulina —era una voz masculina que aún estaba en proceso de cambio por la pubertad.

La voz le sonaba, pero no lograba recordar. Finalmente, se dignó a mirarle la cara para ver quién era, y ¿cómo sabía su nombre?

—¿Gabriel?

Esa cara pequeña de niño, ese pelo corto achinado que se le hacían los pinchos incluso sin tener que usar gel o alguna laca fijadora. Esos ojos miel tirando para avellana que te tocaban el alma. La misma que conocía mucho tiempo atrás, y que había estado en su mismo curso desde el jardín de niños; donde lo conoció, pero nunca llegaron a ser amigos íntimos. A diferencia de con Ilana, con quien se unió como si fueran uña y carne. Es con quien comparte hasta el mayor de sus secretos y sueños.

—Pensé que no te sabías mi nombre; como eres la rei...

—¿La reina? Qué va. Además, ¿por qué no iba a sabérmelo? Nos conocemos desde niños —la cara del muchacho se estaba comenzando a poner roja, le daba pena solo mirarla.

—...

Quería hablar, pero las palabras no le salían. No era de los que se relacionaban mucho con los jóvenes de su edad porque no le encontraba sentido a eso. Prefería estar solo.

—Deberíamos irnos, ya vamos tarde —le ayudó a destrabarse. Se había quedado con la boca abierta listo para decir algo, pero sus labios se sellaron.

—S..., sí —no podía responder más nada, era lo único para lo que le daba su corazón. Estar cerca de una muchacha tan linda como ella era un flechazo al corazón, pero el caminar hacia la escuela como si fueran amigos de toda la vida junto a ella precisamente, eso sí que era un paro cardíaco.

—¿Dónde conseguiste ese brazaletes?

—Me lo dio mi padre cuando era pequeño —respondió mirándolo fijamente.

—¿No te diste cuenta de que es muy similar al mío? Quizás nuestros padres lo compraron en el mismo lugar —ella levantó la muñeca para que la viera por si no lo había notado—. Esta me la dejó mi madre antes de morir, y mi padre me hizo prometer que nunca me la quitaría.

—Es demasiada coincidencia.

—Sí, es como si fuera el destino, que quisiera acercarnos.

Sus palabras solo eran un mecanismo para hacerla entender a sí misma que, a pesar de la mala suerte, algo bueno sacaría de este día.

Y así siguieron el camino a las clases, conversando de boberías que ella preguntaba y él respondía, porque no tenía valor para sacar un tema.

El resto del camino fue rápido. Llegaron a la escuela en un santiamén. No se creía lo bien que lo había pasado hablando con él como nunca lo había hecho. Quizás este día no había salido tan malo después de todo. Había llegado tarde, eso sí, había manchado su expediente perfecto de asistencias perfectas, pero había encontrado un amigo que no creía que tuviera.

La entrada principal estaba cerrada con llave, cosa que el director hacía para los que llegaban tarde. Ya no podía hacer nada, debía faltar el día entero, y eso no sería una buena noticia para los oídos de su padre.

Tulina miró a Gabriel, no estaba preocupado, al contrario, se veía tan natural como si ya se lo esperará y esa fuera su rutina diaria.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Sígueme, conozco otra forma de entrar —Gabriel le dio la espalda y cogió por los límites del edificio para darle la vuelta.

—¿Cómo que conoces otra forma de entrar? ¿Es que siempre llegas tarde?

Él no le respondió y siguió caminando en silencio mientras ella lo seguía muy de cerca. Miraba hacia todos lados preocupada porque alguien los viera, pero estaba todo tan desolado que sentía que eran los únicos en aquel lugar.

—Por allí vamos a entrar —señaló con el dedo hacia una pared, la cual tenía una ventana abierta a dos metros del suelo.

El hueco era de forma cuadrada y bastante ancho para entrar uno por uno, pero ¿cómo llegarían allá arriba? Estaba un poco alto, y ahora que se fijaba bien, ¿a qué parte de la escuela daba esa ventanilla? Nunca la había visto, además, no es que ella se fijara en las ventanas de cada aula.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? No creo que podremos saltar esa altura.

Gabriel no le respondió e hizo caso omiso de sus palabras. Ella se limitó a seguirlo con la mirada para ver qué haría.

Ella no era de las que miraban detalladamente las cosas a su alrededor. Por eso jamás había notado el enorme tanque de basura que había junto a un par de ventanas, una de ellas estaba cerrada.

Gabriel se acercó a unas cajas de madera como las que usan en los mercados para poner las frutas y los vegetales. Estaban amontonados junto al enorme cubo de basura. Tomó tres de ellos, los que tenían diferentes tamaños, y los colocó bajo la ventana de forma que creara una escalera ascendiente por la que poder subir.

—Adelante —le anunció tras terminar la construcción, mientras la veía acercarse a él toda maravillada, y un poco confundida como si ya fuera una rutina para él todo esto.

Le tendió la mano para ayudarla a subirse en la primera caja y para que mantuviera el equilibrio.

—Gracias —no sabía qué más decir, ese chico estaba siendo todo un caballero a pesar de solo comenzar a hablar con él hace unos minutos.

Subió a paso rápido. No quería perder más tiempo allí. Estaba a punto de terminar el primer turno, y quizás podrían llegar al segundo, sin que nadie lo notara.

Dio un brinco uniendo los pies para que él no viera nada bajo su falda, y entró con un poco de esfuerzo por el hueco, para finalmente dejarse caer por el otro lado, y caer de pie. Tenía buena elasticidad.

Gabriel no demoró en cruzar y aterrizó a su lado sorprendiéndose de la buena elasticidad que tenía.

Estaban en uno de los baños de la escuela, nunca había notado que los baños tuvieran una ventana tan grande, siempre se los imaginó pequeños, pero tampoco era de las que entraban mucho. No le gustaba ir a los baños públicos, creía que podría coger alguna enfermedad en ellos.

Miró hacia todos lados para identificar en cual estaba, si en el de las hembras o en el de los varones, y eso fue sencillo identificarlo. A su izquierda estaban los lavabos con los espejos todo pintoreteados con plumones, a su derecha estaban dos tazas con puertas, y junto a ellos tres orinales pegados a la pared para orinar de pie con una pequeña tabla que los separaba para que no se vieran.

—Estamos en el baño de los hombres —se alarmó. Allí podría haber más enfermedades que en el de las mujeres—. Tengo que salir de aquí, no puedo dejar que sepan que entré a este lugar —le preocupaba su reputación.

Corrió hacia la puerta y la abrió empujándola sin importarle que alguien estuviera en el pasillo. Gabriel corrió a su lado, pero no la intentó detener. Sabía con certeza que no habría nadie allí a esa hora.

—Tulina, espera, tenemos que ir con cuidado, a veces la subdirectora pasa por este pasillo durante la hora de clases, tenemos que ser precavidos.

—Está bien —ella se tranquilizó un poco ya estando fuera y oliendo el aire puro de los pasillos—. Tienes que contarme cómo supiste esa entrada, lo hiciste como si ya fuera algo normal para ti.

—Está bien, es una larga historia, pero será para otro día. No creo que ahora sea un buen momento.

Se escucharon pasos que retumbaban por el pasillo con eco proveniente de unas plataformas de madera. Este sonido los alarmó. Con cada paso que daba, más se acercaba a ellos, y ese tac, tac, tac se sincronizaba con sus latidos, sacando a relucir el miedo que escondía de que la atraparan, y ahora sería castigada por su padre el resto de la vida.

El que la sacó del trance, no era otro que Gabriel; su compañero de llegada tarde. La tomó de la mano mientras abría la puerta del baño de las mujeres; y halaba de ella para salvarle el pellejo. Si no, la subdirectora que era la única que podía ser, los atraparía fuera del aula, y su madre era muy severa en ese sentido.

—Esperemos aquí adentro hasta que se vaya —susurró Gabriel cerrando la puerta suave para que no se escuchara el portazo.

Tulina se alejó de la puerta y se acercó al espejo del baño de las mujeres, el cual tenía pintado con crayón varios corazones y alguna que otra frase de amor. Quería verse de cuerpo entero para ver en qué estado estaba físicamente a pesar de todas las irregularidades que había sufrido desde la mañana.

Para su sorpresa, no estaba tan mal, la mancha de leche se camuflaba bien, su maquillaje no era perfecto, pero le había quedado bastante *cool*, y su peinado no era la gran cosa, pero seguro que había quedado mejor que el de muchas chicas de la escuela. Se sonrió para animarse por dentro, y luego apareció en la imagen Gabriel, que se colocó junto a ella para agregarse al reflejo del espejo. Se veía bien junto a ella, eran casi del mismo tamaño, y sin darse cuenta sus dedos se rozaron haciendo que un chispazo saliera entre ellos y los hiciera dar un brinco hacia el lado contrario.

Eso los preocupaba, a ninguno de los dos le había pasado algo como eso con nadie, pero no tuvieron tiempo de pensarlo mucho. Un par de voces al otro lado de la puerta los alertó.

Tulina tomó de la mano a Gabriel, y entraron juntos en una de las tazas con puertas, la cual cerraron para que no los descubrieran.

—Ahora no nos ve nadie, dame un beso —era una voz femenina la que decía aquellas palabras con un tono sensual en ellas.

Se escuchaba el ruido de sus bocas pegándose.

—¿Quiénes podrán ser? —susurró Gabriel para que solo lo pudiera escuchar ella, y no notaran su presencia—. ¿Tienes alguna idea? Quizás conozcas la voz...

Se fijó en la cara de Tulina, y notó que algo debía de saber. Tenía una sonrisa pícaro.

—Su voz la conozco, es Valeria, mi mejor amiga —dijo con un tono de sorpresa—. No sabía que tuviera novio, se lo tendré que sonsacar después de esto —sonrió como si todo fuera una gracia.

—¿Tienes alguna idea de quién sea el chico?

—Es que no habla, dame un filo para mirar a ver si lo reconozco.

Gabriel retrocedió un paso y se sentó en la tapa de la taza. Mientras ella aflojaba un poco el cerrojo de la puerta, y dejaba un delgado espacio abierto para que la mitad de su ojo derecho pudiera notar quien era.

Veía una escena tan picante que se sonrojó, su amiga Valeria estaba sentada sobre la meseta del lavabo con las piernas abiertas, mientras que el muchacho parado entre sus piernas la toqueteaba para zafarle el ajustador, y le besaba el cuello. Era todo tan caliente que se imaginó a ella haciendo exactamente lo mismo con su novio Harold.

Tenía una melena rubia oscura y corta que le llevaba hasta los hombros, casi igual a su novio, una espalda ancha, bíceps en los que se notaban las horas de gimnasio. Su amiga no era tonta, tenía un buen gusto para los hombres, casi igual al suyo. No había reconocido al joven todavía, porque su rostro se ocultaba en su cuello con tanto beso, pero finalmente tuvo una oportunidad cuando levantó la cabeza para besarla en la boca. Su cara se reflejó en el espejo.

Tulina cerró la puerta, echó el cerrojo, el cual sonó y pensó que los alertó, pero sintió cómo alguien abría la puerta del baño de golpe.

—¿Qué hacen aquí ustedes dos? Vayan para su clase —les gritó la subdirectora con su voz penetrante y aguda de vieja arpía—. Sé en lo que estaban, y está prohibido fumar en la escuela...

No se escuchó otra voz tras cerrarse la puerta del baño, pero igualmente eso no la había tranquilizado, se dejó caer hacia atrás, mientras apoyaba su espalda en el pecho de Gabriel.

—Ahora estamos a salvo, deberíamos ser capaces de salir ahora.

Tulina no reaccionó a sus palabras. Sus sentidos habían dejado de funcionarles por completo. Se sentía traicionada doblemente,

era como si le hubieran aplastado el corazón con la mano, y a su vez le hubieran enterrado un puñal por la espalda que no la dejaba respirar.

Intuitivamente, tomó los brazos de Gabriel. Eran delgados y casi sin musculatura, cubiertos por un suéter delgado que se le pegaba a la piel, y lo hizo rodearla para simular que le daba un abrazo. Era lo que necesitaba ahora mismo.

Él lo tomó como una señal, y decidió dárselo de verdad, mientras apretaba sus músculos para que ella sintiera el calor de su cuerpo. Su corazón se agitó tanto que iba a salir de su pecho de un brinco; le preocupó que ella lo notara. Tenía que distraerla con otra cosa.

—¿Pudiste ver quién era el muchacho?

Sus palabras le dolieron, pero no porque él las dijera, sino por el contenido. Se sentía sola, y maltratada emocionalmente. Se giró de frente a él y lo abrazó de vuelta.

Los cascabeles en su muñeca sonaron.

Su corazón estaba a punto de estallar, sentía los cachetes tan calientes que pensaba que tenía fiebre. Su cerebro tan sobrecargado que estaba a punto de fundírsele le dio un impulso inesperado que movió su cuerpo sin él esperarlo.

Le levantó la cara con las dos manos mientras cerraba los ojos, y fundía sus labios en un simple beso que tomó por sorpresa tanto a él porque no creía poder hacerlo como a ella que, ya con eso, su cerebro le estalló de todo lo que tenía en ese momento.

Algo corrió por sus labios durante el tiempo que estuvieron pegados, era como una corriente eléctrica que unificó sus latidos por un momento, recorrió cada vena de su cuerpo hasta un punto que sintió algo romperse en su interior como si un hueso se hubiera partido.

Sus ojos se abrieron como platos y una pequeña lágrima de sangre cayó de sus ojos como si algo hubiera cambiado en ellos, mientras veía la cara de Gabriel tan cerca de ella notando por fin que la había besado.

Una fuerte ventisca abrió la ventana del baño, y una onda expansiva nació de sus cuerpos, que destrozó el baño con taza y espejo incluido.

Ella lo empujó a un lado quedándose sin palabras, como si con ese beso le hubiera robado la capacidad de hablar, y asustada por todo el desastre del baño, corrió fuera de allí antes de que alguien viniera a ver qué había pasado y supiera que estaba implicada.